

los que la sociedad ponía a buen recaudo para no trastornar la armonía del error y la superstición. Cuando uno descubre que muchos de aquellos solitarios eran conversos o —lo que todavía era peor— retoños de estirpes moriscas, una tiritona irremediable ante las jugarretas del destino deja al lector turulato.

La parte sociológica del libro se entiende como una consecuencia. He aquí que disponemos de un fastuoso y complicado "organigrama" administrativo, repleto de nombres sonoros y reiterativos, de flechas, guiones, llaves y paréntesis que vinculan a unos entes jurídicos con otros. El aparato recuerda a esas formidables artilugios que inventan los irónicos caricaturistas de nuestros días: máquinas perfectas que no llevan a cabo tarea alguna, pero que se mueven. Fábricas de agujeros para regaderas. ¿Qué nos faltará, Dios bendito? ■

(1) Alianza Editorial, Madrid, 1979.



Proyecto de pesadilla para Skinner.

En torno a Skinner

OTRO lector me escribe y me acusa de "locuacidad metafísica", que es una buena expresión. Se trata de Antonio Muñoz Ortega (1), al que han molestado mis ligeras alusiones a Skinner en el artículo "Viaje a los dos hemisferios" (TRIUNFO, 5 enero 1980). Al señor Muñoz le parece bien lo que dije de Lorenz, Von Frisch y Tinbergen, porque "las teorías etológicas refuerzan las doctrinas reaccionarias y derechistas". Pero no le parece bien que mencione a B. F. Skinner en ese contexto, porque, según él "el análisis funcional de la conducta es susceptible de enfoques progresistas".

Skinner ha sido uno de los más ilustres representantes de la psicología norteamericana y puede ser que lo siga siendo. Yo le vi personalmente en Londres, hace años, presentando su libro de título más tenebroso, "Más allá de la libertad y la dignidad", que, por supuesto, se tradujo al castellano. He leído ese libro y otro, "Walden Dos", en el que se retuercen los apasionados argumentos del pobre Thoreau para ofrecer al lector una gélida utopía estupendamente conducida por el ingeniero. Respecto a otras utopías como las de Huxley o George Orwell, la diferencia está en que, para Skinner, ese conductor máximo es el bueno.

Reducida la psicología conductista a mi humilde nivel de locuaz metafísico, podrían mencionarse tres escuelas, en verdad más viejas que los Estados Unidos. Una, la de aquel virrey Lemos, de Nápoles, que recurría a sus tres "f" para mantener tranquilo el circo: Forca, farina, fes-

te. Otra, la representada por los domadores: el palo para la mala conducta y la zanahoria para la buena. La tercera es skinneriana: el estímulo positivo o, dicho en nuestra jerga, "si eres bueno, serás premiado". En las tres escuelas, siempre es el conductor quien decide lo que es bueno y lo que es malo. Yo no decía en broma que Skinner fuese inventor de protoscos instrumentos conductistas; lo decía en serio. Ha inventado un aparatito para acunar bebés, algunos laberintos para ratas y un formidable sistema para domesticar palomas. Tiene un ejemplar instinto de domesticador y, como esta sociedad no funciona como le gustaría a Skinner (protagonista de portadas del "Time"), se dedica a dar consejos a pedagogos y a políticos para que nos domestiquen sin que nos moleste mucho. No es que este caballero no sea progresista; es que es el alcaloide de la reacción, cualesquiera que sean los enfoques que puedan darse al "análisis funcional de la conducta". Noam Chomsky, otro "metafísico locuaz", rebatió en una ocasión las doctrinas de Skinner y sus epígonos en un texto que, sin duda, pondría furioso a mi amable corresponsal espontáneo. Aquí mismo, en las páginas de TRIUNFO, otros colaboradores dedicaron a Skinner artículos escritos, no en nombre de esa "dignidad humana" que al señor Muñoz le parece tan vaga, sino en nombre de la defensa propia para sobrevivir cometiendo errores.

En todo aquel artículo mío, necesariamente breve, se mencionaban muchas cosas relaciona-



B. F. Skinner.

das en su base filosófica. Neurofisiólogos, neurocirujanos y pedagogos, además de psicólogos, y cada uno desde su propia disciplina, parecen haberse dedicado a juzgar la conducta colectiva e individual, a condenarla y a corregirla, unos con el escalpelo, otros con la palabra y otros con la electrónica. Se me olvidó mencionar a los psiquiatras. Todos ellos tienen en común una cosa: la voluntad de conseguir que la multitud y los individuos (ellos dirían, tal vez, la "turba" y los "locos"), adecuen su conducta a las normas que establece el grupo social dominante. A mí, qué le vamos a hacer, me molesta. ■

(1) Ver carta en la sección "Lectores", página 11.